

animarle á que le acompañase. Pero aún no era tiempo.

Puede asignarse este primer retiro hacia el año 350. La vida que luzo en él era muy pobre y austera : pan, sal y agua constituían su único alimento, como hemos dicho de san Gregorio : cuando añadía algunas yerbas ó legumbres, era para él un gran festín. Entónces es cuando escribió la excelente carta á san Gregorio Nacianceno, que se halla colocada á la cabeza de todas las suyas, muy llena de erudición, y en la que expone muy extensamente la conducta de los solitarios. Entra en muchos detalles que pueden servir á las personas religiosas para dirigir todas sus acciones, y llegar á la más eminente santidad. En las reglas que dá no hace otra cosa que exponer su propia conducta.

Para convencerse de ello, basta leer lo que san Gregorio de Nisa, su hermano, y san Gregorio Nacianceno escribieron de él. Dicen que, al esolverse á abrazar la pobreza evangélica, fué tan firme su propósito cual una roca en medio de las olas : que sus riquezas consistían en no poseer cosa alguna y en abrazar la cruz del Salvador : que no poseía más que su cuerpo, y que empleó todo lo que le quedaba en el alivio de los pobres. Su abstinencia, por último, era tan grande, que los que, habiendo sido testigos de las austeridades de su vida, le alabaron despues de la muerte, dicen que daba á su cuerpo, no lo que exigía la naturaleza para su conservación, sino lo que prescribía la ley de la abstinencia que se había impuesto.

Rindióse, al fin, san Gregorio Nacianceno á sus invitaciones, y vino á unírsele en la soledad. De él tenemos una carta que le escribió, y en la cual, recordando los dias de consuelo que habían pasado en los ejercicios de la vida religiosa, nos enseña el género de vida que en ella hacían. « ¿ Quien tuviera, dice, la dicha de gozar sólamente durante un mes de los dias que hemos pasado, comunicán-

donos nuestras satisfacciones y penalidades ? Tan cierto es que los más grandes trabajos se hacen agradables cuando los llevamos voluntariamente, así como las cosas más lisonjeras se convierten en molestas, cuando se hacen violentamente ¿ Quién pudiera gozar de aquellos cánticos, de aquellas vigiliias, de aquellas oraciones que nos trasportaban de la tierra al cielo : de aquella vida casi desprendida de la materia : de aquella emulación que teníamos por la práctica de la virtud, y aquel celo con que procurábamos conformar nuestras acciones con las reglas de la sólida piedad ? ¿ Con cuanta satisfacción me aplicaba entónces al estudio de las santas Escrituras ? Y hablando de otras cosas de ménos importancia, ¿ no he de ver yo más aquel tiempo que dedicábamos á los trabajos manuales, á llevar leña, á cortar piedras, á plantar árboles y á regar la tierra ? »

De esta manera recuerda san Gregorio á san Basilio las inocentes delicias de su retiro, que se reducían al gusto por la oración, al ejercicio de las virtudes, á los trabajos de la penitencia, y á la meditación de las santas Escrituras, á la cual añadían la lectura de los santos Padres que las habían explicado ántes que ellos, para sacar de sus interpretaciones el verdadero sentido y tradición de la Iglesia.

Los habitantes de Neocesarea pidieron en esta época á san Basilio, por medio de sus principales magistrados, que viniese á encargarse de la educación de la juventud ; pero prevaleció en su corazón el amor á la soledad, y aunque fueron muy grandes las instancias que se le hicieron, prefirió tratar con Dios en el silencio de su retiro, que enseñar á otros el arte de hablar con elocuencia. Pero aún cuando se había retirado al Ponto para no entregarse más que á Dios y á sí mismo lejos del tumulto de las ciudades, no pudo impedir que de todas partes viniesen á él para pedirle reglas de conducta con tanta más razón, cuanto que, ade-

más del raro talento con que explicaba las santas máximas de la religión, en que estaba muy instruido, las practicaba y enseñaba con su ejemplo.

Esto dió ocasión al establecimiento de un gran monasterio, y más tarde á otros, pues la caridad le hacía trabajar con tanta atención como celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sabemos por san Gregorio Nacianceno, que los religiosos vivían en este monasterio bajo la dirección del Santo en una unión la más estrecha y caritativa, en un fervor extraordinario por la práctica de las virtudes, y amándose unos á otros, de tal manera que podía decirse, que por su fervor se hacían hombres superiores á sí mismos y enteramente celestiales. El Santo quiso que viviesen en común, y que uniesen la sociedad con el retiro, por lo cual los llama ordinariamente comunidades de hermanos, y si es lícito usar de este término, fraternidades.

Para establecer mejor entre ellos una observancia, exacta y uniforme, los instruía en las máximas de los Padres y primeros maestros de la vida religiosa, y les prescribió reglas para conducirse y santificar su estado. A esto se debe el precioso tesoro de reglas que se contiene en sus obras, á saber ; las grandes reglas que contienen cincuenta y cinco cuestiones y otras tantas respuestas, y las pequeñas reglas en número de trescientas trece, en las cuales son tratadas las materias con ménos extensión. De unas y otras hablaremos en un capítulo especial. Escribió también en su soledad diversas cartas, tanto á monjes, como á vírgenes, y á otras personas, de cuyos documentos también tendremos ocasión de hablar. Pero al mismo tiempo que trabajaba por inspirar á los hombres el amor al retiro, sabiendo por propia experiencia las ventajas que proporciona al alma, no manifestaba ménos celo por llenar el monasterio de su hermana santa Maerina de castas palomas, cuyo principal

ejercicio era suspirar incesantemente por el cielo. Así lo declara expresamente á una señora llamada Julita, que era parienta suya y viuda, asegurándola que, si tuviese la dicha de verla abrazar un día un género de vida tan santa y sublime, necesitaría tener á su lado un gran número de personas para dar á Dios la debida acción de gracias.

No se limitó su celo á estas primeras fundaciones : pues enseña Rufino que iba por todas las ciudades y aldeas del Ponto, animando á los habitantes de esta provincia con conmovedoras exhortaciones á salir de la relajación para servir fielmente á Dios : que consiguió que muchos renunciasen al mundo para no pensar más que en la salvación de sus almas y en el servicio de Dios : que les enseñó á edificar monasterios, á establecer comunidades en ellos, á que cuidasen los unos de los otros, á fin de que no les faltase nada de lo necesario : á que se ocupasen en la oración, en el canto de himnos y salmos, y á que cuidasen de los pobres, edificándoles habitaciones modestas y suministrándoles las cosas necesarias para la vida. Cuidó también de las religiosas como lo hacía de los hombres, y enseñó á los pueblos á que educasen vírgenes que fuesen dignas esposas de Jesucristo. De esta manera cambió en poco tiempo la faz de esta provincia, en la que casi todo el mundo empezó á llevar una vida pura y casta, y en que muchas personas le entregaban sus bienes para que los distribuyese á los pobres.

Dice también Zozomeno, ampliando lo expuesto por Rufino, que el Santo estableció muchos monasterios en el Ponto : que recorría las poblaciones para instruir al pueblo, y que consiguió que en todas partes se abrazase la fé de Nicea, de que hacía pública profesión sin temer las persecuciones de los arianos, que por desgracia gozaban de gran prestigio en aquella época. San Gregorio Niseno dice que de toda la provincia venían á verle muchas perso-

nas, y añade el Nacianceno que era como una lámpara que, puesta en el candelero por su elevación al sacerdocio, hacía brillar por todas partes su luz, haciéndose de día en día mas esplendente y hermosa.

El mismo san Gregorio Nacianceno trabajaba también por su parte en la gloria de Dios: así es que estos dos ilustres personajes, á quienes el Señor había dado á su Iglesia para sostenerla en los borrascosos tiempos del arianismo, hacían entónces los ensayos de su celo con éxito maravilloso, aprovechando sus talentos y sus estudios en convertir á los pecadores, en animar á los justos y en defender la pureza de la fe contra los asaltos de error. Esto hacía que, comparando Rufino á estos dos santos, dijese que Basilio, lleno de ternura y de compasión para con los pecadores, trabajaba con dulzura para levantarlos de las miserias de la culpa, miéntras Gregorio, previendo todo lo que podía arrastrarles al pecado, procuraba evitarles que cayesen en él. El uno era puro en su fé, el otro la anunciaba con libertad: el uno era humilde ante Dios, el otro lo era también ante los hombres: el uno se elevaba sobre los soberbios, despreciándolos, el otro los atraía con la fuerza de sus razonamientos, y de esta manera, dotados de diversas gracias, caminaban ambos al mismo grado de perfección, y cumplían su misión divina de gobernar á los pueblos.

San Gregorio no pudo gustar mucho tiempo la dicha de vivir con san Basilio en su soledad: pues su padre, que era obispo de Nacianzo, le llamó, y tuvo necesidad de ir á su lado, entre otras razones porque este prelado tuvo la desgracia de ser sorprendido por los artificios de los arianos, y suscribió el capcioso formulario de Rímini, que tantos desordenes produjo en la Iglesia. A consecuencia de esta debilidad los monjes de la diócesis de Nacianzo se separaron de él, y Gregorio tuvo necesidad de intervenir para remediar los males causados por esta caída.

Por otra parte, Dianeó, obispo de Cesarea, había caído en la misma falta del padre de san Gregorio, y aunque san Basilio le amaba muy tierramente por haber sido su padre espiritual y haber recibido de sus manos el santo bautismo, se vió obligado á separarse de su comunión, pues anteponía su fé al cariño filial que profesaba á este prelado. La sencillez del padre de san Gregorio y su natural rectitud, juntamente con su avanzada edad, habían sido causa de que se hubiese dejado engañar por la doblez de los arianos, y de que no hubiese conocido el veneno que contenía la fórmula de Rímini. A su vez el carácter dulce de Dianeó, que le impedía ser sostenido en sus resoluciones, dió motivo á su caída.

Habiendo llegado san Gregorio á Nacianzo y presentándose á su padre, hizo todos los esfuerzos que estaban á su alcance, para que se le uniesen todos los que se habían separado de su comunión, y tuvo, al fin, el consuelo de conseguirlo. Los monjes, que habían sido los últimos en separarse de él, más aflijidos que indignados por la caída de su obispo, fueron los primeros en darle ejemplo de paz. Esto acaecía hacia el año 364, le pidieron que celebrase esta reunión con un discurso público. Hízolo así, pues á pesar de sus repugnancias, había recibido de su mismo padre el carácter sacerdotal, retirándose en seguida al lado de san Basilio para dulcificar en alguna manera el dolor que había experimentado; pues su modestia le hacía temer tan alto ministerio.

Poco tiempo antes, ó sea en el año 362, recibió también san Basilio en Cesarea el orden sacerdotal. Había sido llamado á esta ciudad por el obispo Dianeó, que, viéndose en el lecho de la muerte, quiso reconciliarse con él, y le protestó que, al suscribir la fórmula de Rímini, no conocía la doblez que encerraba, y que no había pretendido separarse de la fé de Nicea, con lo cual quedó enteramente

satisfecho el Santo. Muerto Diano, le sucedió Eusebio, el cual, despues de su consagración, se apresuró á elevar á san Basilio al sacerdocio para detenerle entre su clero, lo cual le causó la misma pena que á san Gregorio. Vi'se, pues, obligado á permanecer en Cesarea, y en una carta que dirigió á san Gregorio se lamentaba de no poder volver á su amada soledad del Ponto, contestándole éste, para consolarle, en estos términos : « Ambos hemos sido cogidos en los mismos lazos : se nos ha obligado, á pesar de nuestras resistencias, á ser sacerdotes. Ambos hemos ambicionado siempre la vida más humilde y baja, y á nuestro juicio, se opone á ella la vida sacerdotal. A lo ménos, yo así lo creo, hasta que no conozca cuales son los designios que Dios tiene sobre nosotros. Pero puesto que ya no hay remedio, preciso es someternos, principalmente en estos tiempos, en que nos atacan por todas partes los herejes, y no hacer cosa alguna indigna de las esperanzas que se han concebido de nosotros, ni de la vida que hasta el presente hemos llevado. »

Aunque mucho se aflijieron estos Santos por su ordenación, pues se hallaban penetrados del sentimiento de su bajeza y temían la dignidad sacerdotal, la Iglesia tuvo motivo para regocijarse de ella por los grandes beneficios que le reportó en aquellos calamitosos tiempos, en que la constancia de los fieles necesitaba ser sostenida por ministros sabios é intrépidos contra las violencias de Juliano el Apóstata y de los arianos. Resistieron efectivamente á este emperador con una firmeza heroica en 362, que fué el año en que se dejó sentir más vivamente la persecución en Capadocia, como puede verse con más extensión en la historia eclesiástica. Baste decir que, á pesar de las promesas que les hizo Juliano para halagarlos, y de las penas con que más tarde les amenazó, despreciaron su amistad y su indignación, y que este príncipe, que temía su erudición

y elocuencia, como uno de los mayores obstáculos que se oponían á sus designios de establecer la idolatría sobre las ruinas del cristianismo, se propuso al fin inmolarlos al demonio despues de su regreso de la guerra de Persia, como las víctimas más agradables que pudiera ofrecerle. Pero Dios le castigó con la muerte ántes de realizar sus nefandos propósitos.

Esta muerte fué una especie de triunfo para san Basilio, á quién Dios reveló el momento en que había acaecido ; pero permitiendo al mismo tiempo que padeciese otra especie de persecución de quién, al parecer, ménos debiera esperarla, de Eusebio, su nuevo obispo. Porque ¿ quién debiera serle más adicto que este prelado ? Más como dice san Gregorio Nacianceno, se dejó llevar de la debilidad humana : pues la gloria que san Basilio se había conquistado con sus talentos y virtudes y el entrañable amor que le profesaba la ciudad de Cesarea, llenaron su corazón de envidia y de aversión.

Esta pasión hubo de manifestarla en la manera injuriosa con que le trató en más de una ocasión, y con lo cual no consiguió otra cosa que malquistarse con lo más santo y sabio que había en su iglesia, y en particular con los monjes, que no podían tolerar que se maltratase á un hombre que tanto honraba su profesión. Llegó á tal extremo este asunto, que, temiendo el Santo una división entre el pastor y las ovejas, tomó la resolución de dejar secretamente la ciudad, y volver á su soledad del Ponto, á donde le siguió san Gregorio, y en donde continuó gobernando los monasterios que habia fundado. Al saber el pueblo de Cesarea su desaparición, le manifestó la pena que le había causado su ausencia, y le rogó que volviese á su patria querida ; pero el Santo se limitó á contestar con gran modestia y á suplicar que le dejaran gozar durante algún tiempo las delicias que encontraba en la compañía de los

santos, es decir, de san Gregorio y de los religiosos de su monasterio, expresándoles al mismo tiempo el amor que profesaba á sus conciudadanos, y el celo que le abrasaba por su salvación, y recomendándoles que se guardasen de los arianos, á quienes llamaba filisteos, para que no turbasen con sus blasfemias la pureza de su fé.

Nada sabemos de sus ocupaciones durante este segundo retiro; créese, sin embargo, que ayudó á san Gregorio en la confección de dos discursos que hacia este tiempo publicó contra Juliano. No es de suponer que san Gregorio estuviese mucho tiempo á su lado, á causa de necesitarle su padre para que le ayudase en el gobierno de su diócesis. Eusebio le honraba mucho y le invitaba á las asambleas; pero Gregorio le manifestó en una carta que, aún cuando le estaba reconocido por las distinciones que le dispensaba, debía, no obstante, decirle con la libertad de que hacia profesión, y de que no debía ofenderse un amante tan sincero de la verdad como Eusebio, que le afectaban en extremo las injurias que había hecho, y continuaba haciendo á Basilio: que siendo éste su íntimo amigo y compañero, el honrar á uno y maltratar al otro era acariciar á una persona con una mano y abofetearle con la otra, y por lo tanto, le pedía que pusiese término á esta situación en la seguridad de que Basilio no dejaría de guardarle las consideraciones debidas. Consiguió al fin, que Eusebio se reconciliase con este santo, y habiendo sido enviado para traerle á Cesarea, consumó esta paz que todo el mundo deseaba.

Nada más conveniente á la iglesia en aquellos tiempos: pues habiendo vivido poco tiempo Joviano y sucediéndole Valente, gran partidario y fautor de arianos, se llenaron de osadía estos herejes, y en gran número entraron en Cesarea para sembrar la discordia con sus errores. Pero san Basilio los combatió con tanta energía y fuerza de razonamiento, que Valente y los obispos arianos que con él

habían venido, se vieron obligados á retirarse llenos de confusión.

Esto acaecía hacia el año 366, despues de haber vivido nuestro Santo tres años en su retiro del Ponto. No puede expresarse el número considerable de bienes que dispensó á Cesarea despues de la huida de los herejes. Su primer cuidado fué captarse de tal manera la voluntad de Eusebio, que le quitó todo motivo de desconfianza y de sospecha. Estaba continuamente á su lado, le instruía, y le obedecía prestándole los oficios de un excelente consejero, de un auxiliar dispuesto siempre á complacerle, y de un sabio intérprete de los divinos oráculos, de modo que podía decirse que de todos los ministros del prelado ninguno le era más fiel y útil que Basilio. Esto dice más en favor de su conducta en Cesarea que todo cuanto pudiéramos aducir, pues descender á estos detalles nos separaría de nuestro propósito, que es tratar sólomente de aquello que se relaciona con la vida monástica.

Eusebio murió á mediados del año 370, teniendo el consuelo de expirar en brazos de san Basilio, que le sucedió en el gobierno de su iglesia, á pesar de los esfuerzos que, para impedirlo, hicieron gentes mal intencionadas y ambiciosas, y hasta obispos envidiosos de su mérito. La diócesis de Cesarea era una de las más importantes, y san Gregorio la llama madre de casi todas las iglesias: pues era metrópoli de toda la Capadocia, y aseguran muchos sabios que era la capital de todo lo que los romanos conocían bajo el nombre de diócesis del Ponto, es decir, la Capadocia, la Galacia, la pequeña Armenia, toda la costa del Ponto, la Paflagonia, y la Bitinia, todo lo cual comprendía en tiempo de Teodoreto once provincias y más de la mitad del Asia Menor. No es de extrañar, por lo tanto, que fuese para muchos objeto de ambición; pero nadie era tan digno de gobernarla como el gran Basilio, ya se considere su mérito